

—*Yayo, no me carrañes.*

¿Cómo iba a regañar a su nieto, por muchas travesuras que hiciera? Sería como regañar a la vida. Esa vida, ese futuro, esa esperanza que habían estado a punto de desaparecer del valle para siempre.

Todos decían que consentía al *chiquet*, dejándole hacer de todo, como si de un pequeño dios se tratara; en especial, su nuera refunfuñaba y murmuraba que, después de estar con su abuelo, el niño volvía hecho un pequeño salvaje. Pero es que ella había nacido en la ciudad y no conocía los placeres de pescar *ranuecos* en un arroyo, de *apedregar* latas ni de construir cabañas en el bosque.

El abuelo abrazó a su nieto, asegurándole que no, que *no le carrañaría brenca, que carrañan* los padres y los maestros, y tal vez algún vecino cascarrabias cansado de que la chiquillería le robe las cerezas; pero que los yayos sólo miman y dan vicios.

Y aunque no lo dijera, también son los yayos quienes transmiten palabras que se debaten contra el olvido, retazos del antiguo idioma de las montañas que lucha por sobrevivir. Igual que pugnan por seguir existiendo los cajigos centenarios, las costumbres ancestrales y los ríos de aguas claras.

Abuelo y nieto se sentaron a la orilla del río y lanzaron un sedal, con la esperanza de pescar una madrilla, un barbo o incluso, quién sabe, una trucha. El sol se escondió tras un tozal, pero ninguno de los dos quiso darse cuenta de ese presagio de anochecer.

—¡Abuelo! ¡Hijo! ¡A cenar, que ya es tarde!

Como siempre, el anciano y el niño fingieron no haber escuchado la llamada de la madre. El pequeño trató de arañar un poco más de tiempo al día que se terminaba y de dar una última oportunidad a los peces para que picasen el anzuelo:

—Yayo, cuéntame una historia de esas que tú sabes.

El anciano frunció el ceño al escuchar a su nieto hablarle en la lengua de los turistas y de la televisión. ¿Pero qué se podía esperar, si su madre había nacido en una ciudad? Con un suspiro, se resignó a lo inevitable.

—Ahora que ya eres mayor, te contaré una historia que ocurrió en este valle, en este río.

—¿Hace mucho tiempo?

—No, esto sucedió poco antes de que tú nacieras —el anciano calló que en aquella historia se escondía el secreto del nacimiento del niño; y que si unos desalmados no hubiesen tratado de robar el río que era la sangre y la savia del valle, tal vez nunca hubiera nacido, ni sus risas alegrarían el aire, ni sus ojos admirados contemplarían los bosques; y él no sería un yayo tierno, sino un viejo que aguarda la muerte sin esperanza de futuro.

—*¡Ixo ye muito tiempo!* —protestó el niño, indignado. Para él, ocho años era mucho tiempo, toda una vida.

El abuelo sonrió:

—*Ye berdá, ye muito tiempo.* Pero no tanto como para que la gente olvide o perdone. Y menos la gente de nuestras montañas.

El abuelo pensó que ni siquiera ahora, ocho años después, sería prudente mencionar los verdaderos nombres de los protagonistas de la historia: corría el riesgo de revivir oscuros fantasmas y de que la sombra de la venganza, que siempre se guarda en polvorientos trasteros de la memoria, volviese a planear sobre el pueblo.

Él había jurado silencio, como todos los demás, para que la sangre y el odio no siguieran manchando las pardinias y los bosques, las majadas y los senderos, los hogares y las tabemas. Ocho años había guardado silencio; pero no más. Cambiaría el nombre de personas, montañas y valles; omitiría hechos que podrían poner en peligro a sus protagonistas; y mantendría en secreto aquello que nadie debe conocer. Pero en esencia, lo que iba a contarle a su nieto sería

la verdad, una verdad que había permanecido oculta en un apartado valle del Pirineo donde los sueños duermen, donde las aguas duermen, donde las gentes duermen esperando despertar.